



JULIO MIRANDA:
“ESCRIBIR ES UN ACTO IMPÚDICO...”

Entrevista: Libia Planas

Casi como en el lugar de siempre, posiblemente el más frecuentado por poetas, escritores e intelectuales en Mérida -en la Librería Universitaria- fue la cita con Julio Miranda. La idea de que compartiríamos uno de esos cigarrillos de tabaco fresco y fuerte que él solía fumar, animaba el encuentro, cosa que fue imposible disfrutar esta vez, porque ahora procura, al menos en las mañanas, no cargar de humo sus resentidos pulmones, y porque aquellos ya no se venden en el mercado.

Sin embargo, a tiempo nos fue servido un café, con la libertad de elegir un lugar entre los espacios de libros.

A la espera, y haciendo alarde de mi puntualidad, nos remontamos por aquellos tiempos de Granada, por esa novela corta que es *Una ciudad con nombre de mujer*.

Cansado, o como el dice, más viejo, la entrevista -en relación a otros encuentros- no estuvo impregnada de aquella energía que solía transmitir en sus inicios. No obstante, las pilas se fueron cargando paulatinamente para llegar a aquella ciudad hispana.

-La novela trata de la ciudad de Granada, donde viví y estudié por los años sesenta. Entonces recree un poco el mundo de la época, de un grupo de gente joven que está estudiando y comenzando a escribir y

publicar. Que está, a su manera, haciendo cierta oposición. Acuérdesse que era el tiempo de Franco. Entonces, por ejemplo, una de las cosas que hacen es organizar un recital de García Lorca, que era un poeta prohibidísimo en Granada, casi un subversivo. Es una novela que ronda a cinco o seis personajes y, por supuesto, habla mucho de la ciudad.

¿Es casi autobiográfica, se podría decir?

- Siempre, aunque escribiera ciencia-ficción, estaría trabajando con elementos autobiográficos. Lo que pasa es que yo he juntado y sintetizado en varios personajes cosas que me han sucedido en otros momentos de la vida y los he retrotraído a Granada. Es una novela que yo llevaba pensando mucho tiempo y al fin la escribí. Claro, es una novela corta.

¿A qué atribuye usted que haya sido galardonada en la IV Bienal de Literatura "Mariano Picón Salas", y qué es lo novedoso en ella?

No sé. Habría que conocer el resto de las obras que concursaron para dar una opinión. En mi caso, es una novela muy fragmentaria, que trabaja con pequeñas escenas, un poco como lo que hice en *Casa de Cuba*, donde algunas de las fuentes narrativas son poemas. Pensé que, siendo un grupo de poetas, los poemas tenían que aparecer, pues es lo que ellos escriben. Quizás lo más difícil fue producir poemas que respondieran a los distintos personajes: cada uno tenía una personalidad, preocupaciones, en fin, toda esa carga de cada cual y, desde luego, cada uno tenía que escribir una poesía distinta.

Y, bueno, ya que me preguntas por lo novedoso, quizás pueda ser eso: cada capítulo se cierra con un poema de uno de los personajes. Uno de los capítulos se cierra con varios poemas sobre el mismo tema, y otro de los capítulos se cierra con un poema que han hecho entre varios.

En el 61, a los 17 años, Miranda sale de Cuba, su país natal, para estudiar Filosofía en Granada. Allí permanece por el lapso de cinco años, un tiempo que considera muy importante, *muy marcante*, como el mismo afirma, agregando que en esa etapa, “aunque suene tonto, te haces hombre”. En su caso, también se trataba de hacerse escritor. Es la fuerza de la búsqueda, de la adolescencia hecha furor, y con esa determinación escribe cosas personales, casi un diario.

Es esa literatura melancólica que haces, en primer lugar, pensando en que no la lea nadie, pero hay un momento en que pasa a ser una cosa que haces pensando en que se va a publicar, y que la van a leer otros. Digamos que hay un corte, y quizás un momento en que decides acabar con el pudor. Escribir es un acto impúdico, finalmente.

Del Jurado que lo calificó en este género, ¿qué opina?

-Me pareció realmente un jurado muy riguroso, muy exigente, el cual estuvo integrado por Noé Jitrik, de Argentina, Oscar Rodríguez Ortiz y Antonio López Ortega. Siento una especial de que me haya premiado ese jurado.

De su incursión en distintos géneros, ¿qué ha sido para usted lo más difícil de abordar como creador?

Yo creo que lo que me cuesta más trabajo es la narrativa, finalmente. Primero, siempre tiendo a hacer una narrativa muy breve, y creo que eso es un vicio de poeta, que se acostumbra a escribir unos cuantos versos, lo esencial. Entonces, cuando tienes que narrar, te fastidias. O sea: si el personaje entró, salió, cómo está vestido, etc. Ese tipo de cosas te producen eso. Es tan así que las dos novelas, *Casa de Cuba* y esta última, son de ochenta a setenta páginas, no llegan a más.

Lo mismo me pasa con el cuento. Yo tengo muchos cuentos, incluso de una página, que no son propiamente minicuentos. Son cuentos, si se quiere, encogidos. Si en una página he dicho todo, eso basta. Pero yo me siento mucho más cómodo en la poesía (que cada vez escribo menos), como en el ensayo, que es un género que me gusta mucho. Permite jugar, narrar. Creo que se puede considerar muchas veces casi un género de ficción. He estado casi seis años sin escribir poesía, y llevaba sin escribir novela desde el noventa.

Al parecer lo fuerte en él es el ensayo. Actualmente sigue escribiendo ensayo, a propósito de un curso que dicta sobre cine, literatura y artes plásticas, cuyos materiales está elaborando.

Son muy conocidos sus ensayos en torno al cine venezolano y cubano. Sigue escribiendo sobre este arte, pero más sobre la relación de éste con la literatura.

De ese trabajo, vida, hombre, medio ambiente, ¿Cuál cree usted que debe ser la posición del escritor?

El escritor debe ser lo más auténtico posible, y no fijarse temas ni necesidades exteriores. Tiene que tratar de escuchar sus voces interiores y responder a ellas lo mejor que pueda. No creo que deba plantearse nada más.

¿Cómo cree que está el movimiento literario, tras la realización de esta última Bienal?

La Bienal [de Literatura Mariano Picón Salas] de Mérida es un evento distinto de los que se hacen aquí. Las Bienales, hasta ahora, han sido unos concursos con unos premios. Mientras que la Bienal "Mariano Picón Salas" –que ya tiene cuatro convocatorias y ocho años- instauró otro tipo de Bienal: con invitados extranjeros y venezolanos, los

mejores posibles, que dan una serie de ponencias, hay lecturas de cuentos, de poemas... Un tipo distinto de Bienal que, por ejemplo, la ha retomado la Bienal "Ramos Sucre" de Cumaná, y ahora, en la convocatoria de este año, la Bienal de Valencia.

Creo, sin duda, que la Bienal de Mérida ha creado escuela. No es simplemente que se reúne un jurado y hay unos premios, o que se publican los libros alguna vez, sino que se convierte realmente en un evento cultural. En Mérida hay una garantía, la Bienal realmente se desborda sobre la ciudad. Tú ves un interés, ves sesiones donde hay doscientas a trescientas personas, eso es muy importante.

En otras Bienales a las que he ido, sólo ves en las sesiones de conferencias y lecturas de textos de veinte a treinta personas, donde a veces la mitad la conforman los invitados a ese evento.

¿Como escritor, ¿usted vive de su oficio?

Vivo de lo que hago, en un sentido muy amplio. Aquí no hay un mercado para vivir de lo que uno escribe. Yo hago muchos trabajos infraestructurales para editoriales: corrección de pruebas, de estilo, lecturas de originales. La mitad de lo que gano es de eso.

¿Proyectos particulares?

No. Ninguno. En el campo editorial todas esas que se llaman editoriales alternativas dependen del CONAC, sencillamente. Aquí la edición sigue siendo en gran parte un asunto de estado. Del Estado en cualquiera de sus modalidades. Cuando el estado da dinero, se produce, digamos que hay un florecimiento, y cuando no lo da, se distrae.

¿Ud. piensa que el Estado es el que debería dar esos respaldos?

Pienso que debería haber un mercado, pero no lo hay. Me parece peligrosísimo depender del Estado. Es mejor depender de tres mil, cinco mil personas, que conocen o no el libro o, en el caso del cine, de un millón o dos millones de personas que van a ver o no la película. Si de los libros de literatura vendes mil ejemplares estás muy contento, pero con eso ni vive una editorial ni vive un autor.

De lo transitado por ese mundo de vida y letras, ¿qué es lo que más le importa?

A mi lo único que me importa es que la literatura es mi vida. Yo tengo que escribir, eso es una necesidad absoluta. Trato de expresar lo que debo expresar. No vería más nada.

Temas, ¿cualquier tema?

No cualquier tema. Por ejemplo, yo no voy a escribir de física, yo no sé nada de eso. Hay persistencia. Mis campos de trabajo, desde hace años, son la literatura y el cine venezolanos. Pero, digamos, yo no le doy mayor importancia a mi narrativa, o a mi poesía, que a mi trabajo como ensayista o como crítico.

[Esta entrevista, realizada por la periodista Libia Planas, se realizó en enero de 1998, meses antes de la sorpresiva muerte del escritor].

Para Julio Miranda la literatura era una casa de muchas puertas. Entraba en ella por la poesía, por el relato, por el ensayo, y se instalaba o la atravesaba con la fuerza del testimonio y la necesidad comunicativa.

La ausencia de Julio hace emerger su vasta obra que exige ser leída y releída en función de dos horizontes de cultura: la cubana y la venezolana.

La cultura cubana le debe sus antologías sobre poesía y cuento, así como la distanciación reflexiva de los cuentos de *El guardián del museo* (1992) y la novela *Casa de Cuba* (1990), entre otros. Venezuela le debe los ensayos y antologías sobre la más reciente poesía y el más reciente cuento, y sus libros sobre el cine.

Pero quizás sea en su poesía donde Julio nos muestra lo que es la asunción de la literatura y el cultivo de la sensibilidad no como un oficio sino como el carril mismo de la existencia: como una tarea de vida, irrenunciable y vital.

El horizonte de libros de Julio era un horizonte de vida; y lo contrario: se desprendía de su biblioteca hacia el diálogo, hacia sus compromisos ocasionales de docencia, o como conferencista, extendiendo su universo de signos, su imaginario: esa permanente ensoñación de los que viven en la poesía, compartiendo los pasos del mundo con la posibilidad de pasos en otros mundos.

Caminaba Julio incesantemente la ciudad, aprendiéndosela en esa memoria inconsciente que es la costumbre. Atravesaba la ciudad,

discreto, distante, disfrutando de un leve extravío interior, y con la posibilidad del diálogo en el rostro.

Ante los necios con poder, ante los burócratas que retrasaban un trámite y le inventaban obstáculos, ante la arbitrariedad de los funcionarios caudillos, tan proliferantes, que golpean con su arbitrariedad mientras reparten los privilegios entre los suyos, en actos impunes de robo y cinismo. Julio colocaba la dura distancia de la dignidad de quien vivía de su talento y en una de las zonas de la periferia. Quizás ésta sea la enseñanza que mejor recordaré de Julio, la de sostener a pulso su vida, los valores más altos de su sensibilidad, sin someterse a la antesala del poder, esa fuerza ciega que ha dejado de estar al servicio de los más altos valores del hombre, que derrotó el humanismo y, en una permanente fiesta de dispendio e injusticias, cultiva generaciones de depredadores.

La ausencia de Julio Miranda nos mutila. Es necesario hoy abrir la casa de muchas puertas de su obra para encontrar allí la resistencia, la afirmación, el registro exhaustivo, y la sensibilidad como legitimidad de la efímera existencia.

difícil convivir con él, pues era sin duda un excelente anfitrión y sobre todo, y de manera constante, un verdadero, sensitivo y solidario amigo. Recuerdo, que por recomendación del propio Julio me trasladé a la encantadora región de Andalucía, y el primer lugar visitado fue Jaén, en donde Julio tenía viejos y excelentes amigos: el pintor Miguel Viribay y el poeta Manolo Urbano, quien además de poeta es un asombroso conocedor de la cultura y de las tradiciones andaluces. Esos grandes amigos de Julio fueron desde ese momento y todavía lo siguen siendo mis mejores amigos en la siempre seductora España. En homenaje franco a la amistad con esos singulares amigos mi casa merideña, que mira jubilosa y permanentemente hacia la Sierra Nevada venezolana, lleva por nombre Jaén.

Creo, que si ha habido alguien que yo haya conocido en este mundo, y que mejor y de la manera más resplandeciente, haya encarnado la pasión auténtica por la literatura, ese sin duda fue Julio E. Miranda. Al margen de las estrecheces económicas, la inestabilidad laboral y de los conflictos inevitables de pareja, Julio supo mantener la más rigurosa dedicación hacia la escritura, y como resultado de esa indoblegable dedicación allí están sus numerosos libros, que abarcan con la más absoluta eficiencia la ensayística, la novela, el cuento, la poesía, la aproximación al cine, y el comentario cotidiano. No obstante la cortedad de su existencia, construyó una obra literaria novedosa y desenfadada, en cuanto a sus medios verbales, y con una densa y lúcida carga humorística.

Si la reencarnación realmente existe aspiro, que en la otra y sucesiva vida, pueda compartir de nuevo, la abierta y generosa amistad de Julio E. Miranda, junto por supuesto a su fino e irónico humor, que fungía siempre en él a manera de una vestimenta intachable.

JULIO E. MIRANDA: LA AMISTAD COMO EMBLEMA

Jesús Serra

No recuerdo si fue en el año de 1967 o en el 68, cuando conocí a Julio E. Miranda. Pero la particular escena relativa al acontecimiento se ubica, con la más grande y estimulante claridad, en la oficina de administración del diario "El Nacional", en el pleno centro de la ciudad de Caracas. Tanto Julio como yo habíamos ido allí a cobrar en esa oportunidad las remuneraciones relacionadas con recientes colaboraciones aparecidas en el *Papel Literario*, que en ese entonces dirigía, con la mayor atinencia, receptividad y amplitud, el poeta José Ramón Medina. Después de las convencionales preguntas acerca de nuestros respectivos trabajos: Julio, dedicado ya -fundamentalmente- a la escritura y al trabajo de corrección de cada uno de los números mensuales de la revista *Zona Franca*, que dirigía y auspiciaba Juan Liscano, con la más consistente y distinguida pasión intelectual, y yo, recién graduado en la Escuela de Letras de la Universidad del Zulia, a la labor docente en la educación media, concretamente en el Instituto de Comercio de El Valle, en el área de Castellano y Literatura, y por supuesto a la creación poética, surgió justamente allí en ese encuentro tan fortuito la idea de vernos en su casa. Fue acordada una fecha que me resulta imposible precisar, y allí en el estrecho ámbito de su apartamento, comimos rigurosa comida vegetariana preparada por Roseline -la amiga de Bruselas de Julio de ese entonces- y bajo el aura memorable de una botella de un vino blanco español. A partir de allí la amistad, la legítima amistad, que es semejante a uno de esos radiantes girasoles de nuestro trópico, creció en nuestros corazones y pudo mantenerse airosa hasta su lamentable muerte.

No puedo olvidar para el marco de esta nota, que en el año de 1969 Julio se fue a vivir a Madrid y allí, en ese año, le visité y compartí con él, palabras, libros y recuerdos, durante varios días. No resultaba nada

difícil convivir con él, pues era sin duda un excelente anfitrión y sobre todo, y de manera constante, un verdadero, sensitivo y solidario amigo. Recuerdo, que por recomendación del propio Julio me trasladé a la encantadora región de Andalucía, y el primer lugar visitado fue Jaén, en donde Julio tenía viejos y excelentes amigos: el pintor Miguel Viribay y el poeta Manolo Urbano, quien además de poeta es un asombroso conocedor de la cultura y de las tradiciones andaluces. Esos grandes amigos de Julio fueron desde ese momento y todavía lo siguen siendo mis mejores amigos en la siempre seductora España. En homenaje franco a la amistad con esos singulares amigos mi casa merideña, que mira jubilosa y permanentemente hacia la Sierra Nevada venezolana, lleva por nombre Jaén.

Creo, que si ha habido alguien que yo haya conocido en este mundo, y que mejor y de la manera más resplandeciente, haya encarnado la pasión auténtica por la literatura, ese sin duda fue Julio E. Miranda. Al margen de las estrecheces económicas, la inestabilidad laboral y de los conflictos inevitables de pareja, Julio supo mantener la más rigurosa dedicación hacia la escritura, y como resultado de esa indoblegable dedicación allí están sus numerosos libros, que abarcan con la más absoluta eficiencia la ensayística, la novela, el cuento, la poesía, la aproximación al cine, y el comentario cotidiano. No obstante la cortedad de su existencia, construyó una obra literaria novedosa y desenfadada, en cuanto a sus medios verbales, y con una densa y lúcida carga humorística.

Si la reencarnación realmente existe aspiro, que en la otra y sucesiva vida, pueda compartir de nuevo, la abierta y generosa amistad de Julio E. Miranda, junto por supuesto a su fino e irónico humor, que fungía siempre en él a manera de una vestimenta intachable.

JULIO MIRANDA:
TRAYECTORIA DE SU ESCRITURA

María Alejandra Gutiérrez

JULIO MIRANDA nació en La Habana en 1945, residente en Venezuela desde hacía muchos años nos legó al partir (1998) una extensa y fecunda obra.

Como profesor invitado se desempeñó en distintas universidades, entre las que se encuentran: Universidad de Los Andes, Universidad "Simón Bolívar" y Universidad de Salerno (Italia). Además de dictar cursos y seminarios en los más diversos institutos: Universidad de Los Andes, Universidad "Simón Bolívar", Universidad del Zulia, Instituto Municipal de Cultura del Estado Mérida, Universidad de Granada (España), Universidad de La Sorbona (Francia), Universidad Complutense (España), Biblioteca Nacional de Venezuela, Ateneo de Caracas, Centro de Estudios Latinoamericanos "Rómulo Gallegos", entre otros.

Dentro de su experiencia editorial fue Jefe de Redacción de las revistas: *Letras Nuevas*, *Zona Franca*, *Solar*, Coordinador/fundador de las revistas: *Contextos* y *CriticArte*, miembro del Consejo de Redacción de *Babilonia*.

Igualmente se desempeñó como Lector de las más importantes editoriales del país y algunas del exterior. Trabajó para diversos programas radiales dentro y fuera de Venezuela. Fue miembro de la Asociación Venezolana de Críticos Cinematográficos. Participó como Jurado en diversos festivales y concursos cinematográficos, al igual que en diversos concursos literarios.

Entre sus libros destacan:

En crítica literaria: *Nueva literatura cubana* (1971), *Proceso a la narrativa venezolana* (1975), *Las aventuras imaginarias* (1991).

En crítica cinematográfica: *En off. Cine y Narrativa en Venezuela* (1982), *El cine que nos ve* (1991), *Cine y Literatura* (1991), *Palabras sobre imágenes* (1944).

En poesía: *El libro tonto* (1968), *Jaén la nuit* (1970), *No se hagan ilusiones* (1970), *Maquillando el cadáver de la revolución* (1977), *El poeta invisible* (1981), *Anotaciones de otoño* (1987), *Rock urbano* (1989), *Así cualquiera puede ser poeta* (1991), *Máquina del tiempo* (1997).

En narrativa: *Casa de Cuba* (1990), *El guardián del museo* (1992), *Sobrevivientes* (1992).

Antologías: *Antología del nuevo cuento cubano* (1969), *José Martí: con los pobres de la tierra* (1991), *Cesare Pavese: Poemas* (1991), *Henry Michaux: Poemas* (1978-2ª. ed. 1993), *Poesía en el espejo* (1996).

Realizó los prólogos de innumerables libros y escribió una gran cantidad de artículos para revistas de crítica literaria y periódicos nacionales e internacionales.

Se hizo acreedor de los siguientes premios:

Premio El Olivo de Poesía (España, 1970), Premio FUNDARTE de Ensayo (1991), Premio CONAC de Poesía (1982), Premio de Cuentos en la I Bienal Nacional de Literatura "Mariano Picón Salas" (1991), Premio Ensayo de la II Bienal de Literatura "Mariano Picón Salas" (1993), Premio de Narrativa Breve del Instituto de Cooperación Iberoamericana (ICI) (1994), Premio Novela en la IV

Bienal de Literatura "Mariano Picón Salas" (1997), Premio Ensayo en la Bienal "José Rafael Pocaterra" (1998).